

*Elliott Carter*  
(1908-2012)

Fue una larga y generosa vida. Le conocí en Nueva York cuando ambos disfrutábamos de nuestra primera beca de la Fundación Guggenheim para trabajar en composición (1945-1946). El aún no cumplía cuarenta años y yo no alcanzaba todavía los treinta.

Supé entonces los detalles de su curiosa formación. Solamente después de haberse graduado en literatura inglesa en la Universidad de Harvard, había decidido estudiar composición con Walter Piston. Fue en esa época además que le mostró sus trabajos a su mentor y vecino, el progresista compositor Charles Ives, en busca de sus comentarios y consejos. Un tiempo después viajó a París a estudiar con la gloriosa Nadia Boulanger.

Lo que escuché de su creación en los años que nos conocimos me pareció que ya firmemente progresaba por cauces de vanguardia correspondientes a los de un Olivier Messiaen, Edgar Varèse y Luigi Dallapiccola, o de un Roger Sessions en Estados Unidos. Carter aún no había abordado el cuarteto de cuerdas, medio en el que escribe a partir de 1951 la primera de sus cinco obras de este género, las que representan lo más genuino de su valiosa producción.

Lo expresado no excluye otras de sus composiciones como su *Sonata* para violoncello (1950), la encantadora *Sonata* para flauta, oboe, violoncello y clavecín (1952), sus *Variaciones* para orquesta (1955), su *Concierto doble* para piano, clavecín y dos orquestas (1961), elogiado por Stravinsky como no lo hiciera con ningún contemporáneo suyo, y su *Concierto* para orquesta (1969).

Ya en la más temprana de sus obras, como en la música para el ballet *Pocahontas*, se hacen presente la vitalidad rítmica, el color instrumental, el empleo del silencio como elemento expresivo que en las creaciones de Carter prevaleció hasta en sus obras más recientes, aunque aún no revestidas en sus obras tempranas de la invención armónica que enseguida singularizaría su idioma.

Sus cinco cuartetos de cuerda son obras maestras escritas entre 1951 y 1995, los que se proyectan hacia otras creaciones de esta época y de acuerdo con los juicios de la crítica, hacia sus dos últimas: los *Diálogos* (2004) y el *Boston Concerto* (2006). Puede decirse además que su inteligencia, humor y constante poder de reinención están presentes en el total de su creación musical.

Según él mismo, todo esto lo reconoció de preferencia el público europeo por encima del norteamericano.

Hoy, después de mucho tiempo en que nuestros rumbos han progresado sin encontrarnos, siempre lo tengo presente, con sus ojos azules penetrantes, como el hombre sencillo, de profundos intereses no solo en la música, sino que en el arte y literatura, que conocí hace más de sesenta años, invitando a la opinión, al diálogo y a la pregunta.

Lo recuerdo en su casa en Nueva York con Helen Frost Jones, su mujer escultora. Me acompañaba mi esposa y presente ese día estuvo también Aaron Copland, a quien Carter le había reconocido “una vena profética que emergía de todas sus obras”. Muchos fueron los amigos que le acompañaron en sus casi 104 años de vida y alumnos que asistieron a sus clases en la Juilliard School, en Columbia, Cornell y en otras universidades. Le escucharon en coloquios y lecciones que no se olvidan, expresando la admiración que ha vivido siempre renovada en la memoria de todos.

*Juan Orrego-Salas*  
*Universidad de Indiana*  
*Bloomington, Estados Unidos*  
*Jucar@ciswired.com*